

La patria de los suicidas

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Lisa-Blue/iStock.com

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Pascual Martínez, 2021

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18708-22-0

Depósito legal: M-6.546-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pascual Martínez

La patria de los suicidas

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Para papá, mamá, José y Carmelo,
por ser y estar*

Preámbulo

Antes de entrar, Ernesto Pitana se compuso el nudo de la corbata y tragó saliva, el ánimo como el de un condenado a galeras, consciente de que su futuro dependía de aquella conversación.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó el pertinente consentimiento para acceder al despacho.

— Adelante.

— Señor — dijo, al tiempo que saludaba con la mano en la frente.

— No me jodas, Ernesto. ¿Ahora me vas a venir con formalidades?

A Bernabé Galarza, director general de la Guardia Civil, un hombretón con cuello de toro y ojos de hurón, se le veía a la legua que le incomodaba la reunión.

— He hecho todo lo posible... Lo siento.

Ernesto sabía que lo decía de corazón. No obstante, la amistad que mantenían desde hacía más de dos décadas no iba a librarle de un castigo ejemplar.

—¿Qué ha decidido la comisión?

Bernabé Galarza se levantó en el asiento, colocó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Lo más conveniente es que te alejes una temporada de Madrid —explicó, y se detuvo para comprobar el efecto de sus palabras en su amigo. Al ver que no replicaba, continuó—: Te han adjudicado un nuevo destino..., luego veremos qué hacemos contigo.

Ernesto seguía impertérrito, aunque en su interior le carcomía la curiosidad.

—¿Y dónde voy a purgar mis pecados? —preguntó con cierta sorna.

—Hace unos meses inauguraron un cuartel en Iznájar. ¿Te suena el nombre?

—Ni por lo más remoto.

—Es un pueblo de Córdoba. El anterior sargento se jubiló la semana pasada y necesitan un jefe.

—¿Un pueblo de Córdoba? ¿Y qué voy a hacer yo allí?

—Lo que deberías haber hecho hace mucho tiempo: tranquilizarte. Relájate, disfruta del paisaje y dentro de unos meses ya hablaremos. Seguro que nadie se acuerda de lo ocurrido y puedo interceder por ti.

—¿Cuándo me incorporo?

—El próximo lunes.

Ernesto y Bernabé cruzaron las miradas. No hay más que hablar, decía la del jefazo.

Hay ocasiones en que no se puede cambiar el rum-

bo de los acontecimientos y la riada te arrastra sin que puedas evitarlo.

Y solo te queda rezar para no acabar sepultado entre lodo y escombros.

1

Olivos, olivos y más olivos, era el monocromático paisaje que Ernesto Pitana contemplaba en el horizonte desde que había franqueado Despeñaperros y se había adentrado en la provincia de Jaén hacía unas dos horas.

El GPS le marcó que había llegado a su destino. Eran las cinco de la tarde.

Justo a la altura del cartel que daba la bienvenida al término municipal de Iznájar, en el margen izquierdo de la calzada vio el cuartel de la Benemérita, un edificio de dos plantas y fachada rosada.

Pitana, apesadumbrado, determinó tomarse una cerveza antes de enfrentarse a la cruda realidad. Sin detenerse, giró a la derecha y se incorporó a una calle estrecha y empinada flanqueada por casas blancas. Viró a la izquierda hasta que vislumbró un bar.

Aparcó justo enfrente, apagó el motor y se apeó del coche.

Un calor de fragua le abofeteó el rostro.

Ni un alma en la calle.

Con paso vacilante, Pitana entró en el local tras librarse de una cortina de macarrones que casi le corta la cara. Lo recibieron las miradas curiosas de dos ancianos que interrumpieron su partida de dominó. Sin nada que reseñar, volvieron a concentrarse en las fichas. Pitana se acercó a la barra —un listón corrido sobre varias cubas de vino— y requirió la presencia del camarero, un hombre entrado en carnes que leía un periódico con la concentración de un exégeta que desentrañara los misterios de las Sagradas Escrituras.

—Perdone.

El exégeta miró al visitante con desdén.

—¿Desea algo?

No, he venido a verte la jeta.

—Una caña —demandó Pitana. Y añadió—: ¡Menudo calor! Aquí deben de caerse los pájaros de los árboles.

—Hay días peores —contestó el camarero, y dejó la cerveza sobre el listón—. Usted no es de por aquí, ¿me equivoco?

—No. —Y decidió hacerse notar a las primeras de cambio—. Soy el nuevo sargento de la Guardia Civil.

Los jugadores de dominó miraron al forastero con renovada curiosidad.

—Espero que esté a gusto entre nosotros.

A Pitana le sonó irónico el tono del exégeta, más si cabe al comprobar que el comentario era recibido por los dos vejetes con una sonrisa sardónica. Desubicado, se acabó la caña.

— ¿Cuánto es?

— Invita la casa.

Ernesto se detuvo delante de la puerta y compuso un gesto de hastío. Al cabo, entró en el edificio. El sol pegaba de pleno en los cristales de la puerta principal y la cristalera de la recepción, ubicada a la derecha. Anduvo unos metros y vio a dos guardias civiles que conversaban dándole la espalda en una zona donde había una máquina de café.

— Buenas tardes.

Uno de los sujetos pegó un respingo y se derramó la bebida sobre la camisa verde.

— ¡Joder, me he quemado! — exclamó, conforme se sacaba los faldones de la camisa del pantalón y se la apartaba del torso.

— ¿Qué desea? — preguntó el otro agente, y soltó una risotada ante los aspavientos de su compañero.

— Soy el sargento Ernesto Pitana.

El agente que había derramado el café era bajito, tripudo y patizambo. Azorado, dejó de restregarse la mancha y se puso más firme que un ciprés, mientras al otro se le helaba la sonrisa en la boca.

—A sus órdenes, mi sargento. Soy el agente Palomeque. Lo esperábamos esta mañana.

—Bienvenido, mi sargento. Agente Cortés.

—Quisiera ver mi despacho —dijo desabrido Pitana.

—Por supuesto, mi sargento —manifestó el tal Palomeque, sin relajar su pose enhiesta.

El trío enfiló un pasillo.

—Es este, mi sargento. —El agente Palomeque abrió la puerta.

En ese preciso instante, al agente Cortés le sonó el intercomunicador que le colgaba del cinto.

—Dime.

—Tenemos un aviso —se oyó entre interferencias—. Ahorcamiento en la zona de La Hoz. Repito, ahorcamiento en la zona de La Hoz.

—Recibido. Vamos para allá.

—¡Mena, hay que irse! —gritó Cortés, y el agente Mena, un hombre de mediana altura y algo de sobrepeso, se presentó de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Un ahorcamiento.

—Mena, te presento al sargento Pitana.

—A sus órdenes, mi sargento.

—Los acompaño —confirmó Pitana.

Completaron los ocho kilómetros en escasos diez minutos, después de circular por la A-331, girar a la

derecha y, justo antes de llegar a la aldea de La Hoz, tomar un camino sin asfaltar que desembocaba en una era.

Pitana, desde el asiento trasero del coche patrulla, despotricaba entre dientes. No esperaba un recibimiento con confeti y serpentinas, pero tampoco enfrentarse a un ahorcado nada más aterrizar en tierras cordobesas.

Aparcaron a la sombra de un muro blanco, la única pared que se mantenía en pie de lo que debió de ser un antiguo cortijo. Al bajar del vehículo, una ráfaga de un viento abrasador les acarició el rostro.

—Es allí —indicó Cortés, al que le habían comunicado por radio, durante el trayecto, el lugar exacto del suceso.

Subieron un montículo y otearon el panorama. Acto seguido, se les acercaron dos agentes.

—Montero, Lebrija, os presento al sargento Pitana. Hoy empieza a trabajar con nosotros.

—Encantada —dijo Montero—. Aunque, como puede ver, no es el mejor momento para presentaciones...

Un hombre pendía de la rama de un olivo. Tenía el rostro blanco, los ojos desorbitados y la lengua azulada le colgaba de la boca.

—Otro suicidio —comentó Montero con resignación.

—¿Otro? ¿Son habituales los suicidios por aquí?

—indagó Pitana, extrañado por el comentario de la guardia civil.

Montero lo miró con la conmiseración que se muestra ante un niño corto de entendederas.

—Algún caso se da.

Mena y Lebrija se habían alejado unos metros e inspeccionaban el cadáver.

Cortés permanecía al margen de la conversación, absorto en la contemplación del ahorcado. Al fin preguntó:

—¿Quién lo ha encontrado?

—Él. —Montero señaló a un anciano con un buzo azul que estaba sentado sobre una piedra.

—Pues el día no está para paseos...

—Estamos acostumbrados a estas temperaturas —dijo Montero—. Si nos acobardásemos por el calor, no saldríamos de casa.

—¿Has avisado al juez de guardia? —preguntó Cortés.

—Sí. Me acaba de confirmar que el forense está en camino —ratificó Montero—. Y la ambulancia también está avisada.

—¿Lo conocían? —Pitana no paraba de sudar y le costaba respirar. Extrajo un pañuelo de tela de un bolsillo del pantalón y se lo pasó por la frente.

—De vista —dijo Cortés—. Estaba casado y tenía dos niñas. A la pequeña la bautizaron hace dos domingos.

Un estremecimiento gélido recorrió a Pitana.

¿Quién se suicidaría poco después de bautizar a una hija?, se preguntó con el pasmo reflejado en la cara.

Pitana se sentía exhausto. Permanecieron hasta la una de la madrugada en la era junto a los Servicios de Urgencias, Protección Civil, algunos de sus nuevos agentes y el médico forense, que había ordenado el levantamiento del cadáver pasada la medianoche.

El finado se llamaba Rafael Luque, vecino y natural de Iznájar. Treinta y ocho años.

Javier Patrón, el forense, un tipo achaparrado, de pelo ralo y ojos inexpresivos, se había puesto a la entera disposición de Pitana en lo que necesitase, y le había dado la bienvenida.

A Pitana se le habían quitado las ganas de cenar, y solo quería descansar. No había podido buscar un lugar donde dormir y resolvió —a pesar de los ruegos de Montero para que pasara la noche en su casa— instalarse en el diminuto catre que había en una estancia del cuartel.

Se quedó en calzoncillos, se tumbó bocarriba sin abrir la cama y entrelazó las manos detrás de la nuca.

¿Cómo demonios he terminado en este pueblo?

Empapado en sudor, abrió la ventana. La brisa era un espíritu ausente. Se acercó al termostato del

aire acondicionado. Al verificar que no funcionaba, se dejó vencer por el desánimo y maldijo en voz alta.